

Territorios 26 / Bogotá, 2012, pp. 135-143
ISSN: 0123-8418
ISSNe: 2215-7484

El proyecto local

Autor: Alberto Magnaghi

Liège: Mardaga, 2003

Turín: Bollati Boringhieri, 2000

Le projet local (traducción al francés por Amélie Petita a partir de: *Il progetto locale*).

Por: Dolly Cristina Palacio Tamayo *

El territorio es una obra de arte... El territorio es fruto de un acto de amor...
(Magnaghi, 2003, p. 7).

* Profesora titular e investigadora del grupo Procesos sociales, territorios y medio ambiente del Centro de Investigaciones sobre Dinámica Social de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Externado de Colombia. Doctora en Estudios de Desarrollo y Medio Ambiente. Máster en Ciencias Económicas y Desarrollo Social de la Universidad de Gales (R.U.) y trabajadora social de la Universidad Externado de Colombia. Correo electrónico: dolly.palacio@uexternado.edu.co

Introducción

El urbanismo en América Latina ha sido construido por los planificadores y urbanistas, principalmente, a partir de los principios de la corriente tradicional del desarrollo, que plantea, entre otros, que la metrópoli contemporánea es el mayor logro de la humanidad. Esta metrópoli tiene las bases de su formación en las teorías eurocéntricas de principios del siglo XX (Durkheim y Tönnies, citados en Jongerden 2006) que plantean que la urbanización y la industrialización son la meta última del progreso humano, y demuestran, desde una mirada lineal, que el desarrollo se logra cuando las sociedades rurales (primitivas y atrasadas) dan el paso hacia la consolidación de sociedades urbanas e industriales (progresistas y avanzadas).

Esta corriente tradicional de la teoría del desarrollo ha tenido sus detractores. Desde finales del siglo XIX, utopistas como John Muir, Ebenezer Howard o Peter Kropotkin (Jongerden 2006) propusieron redes de comunidades urbano-rurales como formas ideales de organización para el desarrollo humano. En el siglo XX, teóricos como Murray Bookchin y John Friedmann han manifestado su claro desacuerdo con las propuestas tradicionales del desarrollo sobre el desarrollo urbano y han planteado, aplicando la teoría de la planeación regional, combinada con los postulados de la ecología social, la configuración de redes federativas *bioregionales* y modelos *agropolitanos* para el ordenamiento territorial.

En los últimos 40 años, en Colombia han surgido contracorrientes, aún incipientes, pero contundentes en sus planteamientos críticos. Podemos destacar la escuela de Orlando Fals Borda y otros teóricos como Alfredo Molano, Darío Fajardo, Arturo Escobar y Alberto Mendoza. Ellos, a partir de distintas perspectivas y disciplinas, ponen en tela de juicio los procesos globalizantes del desarrollo territorial, que han consolidado regiones como consecuencia de la expansión económica de los mercados mundiales y la planeación funcional de los territorios. Pero sobre todo, sus postulados muestran una gran preocupación por encontrar alternativas que permitan la permanencia de la vida desde su diversidad, tanto de las formas de los organismos vivos, o biodiversidad, como de las culturas aun existentes, o multiculturalismo, mediante la recuperación del sentido del lugar y del empoderamiento de actores que han estado relegados a una posición de subordinación en estos modelos.

La escuela territorialista italiana, cuyo representante más visible es Alberto Magnaghi, es uno de estos movimientos de contracorriente contemporánea, cuyos postulados ofrecen nuevas perspectivas para pensar y actuar en los hábitats humanos, desde la perspectiva de un desarrollo sostenible basado en los territorios. Magnaghi define el territorio desde su etimología latina –que se compone de dos palabras: *terra*, que significa tierra, y *topium*, que significa pertenecer–, cuya primera aplicación se hizo para denominar

los terrenos adjuntos a la ciudad sobre los cuales esta tenía autoridad. Para el autor, el territorio es, en este sentido, el resultado de una co-evolución que entrelaza la cultura y la naturaleza en el desarrollo de los asentamientos humanos con su entorno (Jongerden 2006).

Uno de los libros más representativos del profesor Alberto Magnaghi,¹ *El proyecto local* (2003), se presenta en esta reseña con el objetivo de promover su lectura en el contexto latinoamericano, con el fin de entrar en diálogo con este pensamiento crítico y sus propuestas, en el marco de las reflexiones que se están llevando a cabo en nuestro continente respecto a cómo pensar nuestros territorios. Esta obra, con seguridad, es uno de los postulados utópicos representativos de nuestro tiempo y, ciertamente, es y será inspiradora para la acción social que busca *cocrear* con la naturaleza mundos más sostenibles para la vida.

1. El libro

El proyecto local se divide en dos partes. La primera se desarrolla en siete capítulos, donde se expone la perspectiva territorialista del desarrollo sostenible. La segunda es la presentación de una visión, a manera de utopía concreta, con la delimitación de un escenario estratégico para la acción, desarrollada en seis capítulos. La primera parte inicia con una crítica a la formación de las metrópolis contemporáneas, conurbadas y fragmentadas por la lógica funcional del mercado, y distorsionadas por un proceso

patológico que Magnaghi denomina “hipertrofia y topofagia”, donde la ciudad se extiende de forma fragmentaria, prácticamente ilimitada y separada del ambiente, y se convierte en una “megalópolis”.

La segunda, en cambio, establece los principios de la acción para lograr la aplicación de un nuevo estatuto del lugar, donde la práctica concreta es la que establece las reglas de organización de los asentamientos humanos, a partir de una definición de “desarrollo local autosostenible”. Esta definición va en contra de las propuestas tecnocráticas de la sostenibilidad y supone la creación o renovación de una cultura de autogobierno, donde las comunidades humanas son capaces de establecer sus propios valores y tipologías territoriales para hacer un manejo apropiado de ellos.

El *proyecto local* cuestiona las formas de pensar, de ser y hacer de la civilización actual en el mundo. En particular, muestra la degradación y la pérdida de sentido instauradas por el desarrollo de las metrópolis contemporáneas. Asimismo, con este trabajo, Magnaghi nos motiva a pensar en nuevas formas de relacionarnos, desde la cultura, con nuestros entornos naturales, donde los actos concretos son los que crean la posibilidad de la germinación de un desarrollo verdaderamente sustentable, donde el arte de hacer y el amor por lo que se hace cuentan.

En este sentido, *El proyecto local* muestra un camino para la restitución fecunda del vínculo entre la naturaleza y la cultura, donde los seres humanos, a partir de hacer consciencia y sentido de su pertenencia a

¹ El profesor Alberto Magnaghi nació en Turín en 1941. Es profesor ordinario de Planificación Territorial en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Florencia (Italia). Fue presidente del Pregrado de Urbanismo y Planificación Territorial de la Universidad de Florencia, entre los años 2000 y 2008. Es el fundador de la Escuela Territorialista Italiana, coordinador nacional de los Proyectos de Investigación y Laboratorios Experimentales para el Ministerio de la Universidad y para el Centro Nacional de Investigación (CNR) sobre temas de desarrollo local autosostenible y representación identitaria del territorio, ambiente y paisaje.

los lugares donde viven, pueden restablecer la armonía entre la comunidad humana y el entorno, que es el que permite y potencia la vida de esta y de muchos otros seres vivos que cohabitan con ella en este planeta.

2. Una emancipación que pierde la ruta. Crítica a la metrópoli contemporánea

Las megalópolis emergen de un modelo de desarrollo y de los procesos que venían con él –dice Magnaghi–; un modelo en el que la urbanización y la industrialización parecían dar las claves para liberarnos, para emanciparnos de nuestras ligaduras del poder del territorio y las jerarquías premodernas, donde cada individuo podía desarrollarse libremente. Pero el autor concluye que hubo un equívoco en el camino, porque no es posible disolver la ligadura con el territorio y con la naturaleza, y cierra diciendo que la emancipación está íntimamente relacionada con el regreso al lugar y a la demarcación de las dimensiones de la ciudad.

La metrópoli de la que hablamos –plantea el autor– es aquella que se centra en la producción de mercancías para el mercado y el consumo, creando una racionalidad instrumental que hace imposible el renacimiento del lugar. Establece que los procesos estandarizados del taylorismo y del fordismo contribuyeron a la desterritorialización de las actividades humanas. La ciudad-planta, como él mismo llama a la

ciudad en esta etapa fordista, contribuye a la pérdida del espacio público en la medida en que se establecen espacios funcionales que confinan a los habitantes de la metrópoli a estar en sitios de trabajo, compra y descanso. Asimismo, los materiales estándares que construyen las metrópolis del mundo, como el cemento armado, el acero y el plástico, entre otros, desligan tanto al habitante como al productor del territorio.

En este sentido, deduce que la metrópoli es una negación de la ciudad, y hace una comparación con la manifestación de la enfermedad en el cuerpo humano, afirmando que la hipertrofia de las metrópolis contemporáneas se ha convertido en una patología. El crecimiento ilimitado, la negación de la diversidad, de las diferencias y de las ambivalencias son propios de la forma metropolitana.

Adicionalmente, la construcción de un espacio cosmopolita tiende a levantar la égida del pensamiento único. Esta patología se desprende de forma inherente de muchas de las reglas estructurales del cuerpo urbano contemporáneo, razón por la cual propone la transformación de las reglas genéticas de los asentamientos humanos planetarios, donde la definición de las fronteras territoriales de la megalópolis es una de las preguntas más importantes, pero a la vez una de las más difíciles de responder. En particular, hace una referencia a la metrópoli ilegal del tercer mundo, donde estas manifestaciones son mucho más evidentes.

El tamaño mismo de las metrópolis refleja la forma imperial del mercado

mundial del sistema mundo, dice el autor. Por primera vez en la historia, el sistema es un efecto privado de fronteras geográficas, extendido en la totalidad del globo terrestre, que puede acceder en cualquiera de sus puntos en tiempo real, debido a la telemática. Esta indiferenciación espacio-temporal crea una gran “libertad” por fuera de las jerarquías, tanto planetarias como regionales, y entonces la nueva organización establece una primacía de los centros de decisión sobre los ciclos productivos periféricos. Esta nueva situación le da una nueva posición a la realidad material, que la convierte en un fenómeno residual. Las representaciones sociales (simbólicas y estéticas) no se sitúan más en el espacio urbano, como en el caso de la ciudad burguesa del siglo XIX, ni en la comuna obrera en la ciudad-planta del fordismo. Ahora, el computador media las relaciones y la comunidad migra hacia el espacio virtual. Este fenómeno marca el advenimiento ciudades virtuales.

Para completar este marco crítico de las metrópolis contemporáneas, el autor incorpora datos sobre las formas que adquieren estas megalópolis a partir de fenómenos como el crecimiento demográfico y el surgimiento de nuevas pobrezas ligadas al modelo de desarrollo, que se materializan en la pérdida de salud humana y la degradación del medio ambiente. Estos síntomas son causados más por la contaminación del aire, la contaminación del agua, la contaminación acústica, los accidentes de tránsito, la criminalidad urbana, los alimentos altamente transformados, la mi-

gración, la pérdida de los humedales y de los recursos renovables, que por la distribución de la renta y del trabajo. En síntesis, más que exclusión económica, hay una pérdida general de la calidad de vida en los territorios, y las nuevas pobrezas tocan a la gran mayoría de la población mundial, que incluye la población de las metrópolis de los países desarrollados.

3. El renacimiento del territorio como lugar. Entre utopía concreta y escenario estratégico

Teniendo en cuenta este panorama, Magnaghi sustenta su propuesta sobre la modificación de la concepción de desarrollo desde la visión del crecimiento, transformándola con el resurgimiento de los valores territoriales locales. De acuerdo con Magnaghi, esto comprende saber interpretar las identidades de larga duración, valorizar la identidad del lugar y construir una sociedad local, incluyendo varias formas de sostenibilidad: la política, la social, la económica, la cultural y la ecológica, todas en una sola: la sostenibilidad territorial.

La sostenibilidad territorial va más allá de la sostenibilidad basada en los tres pilares clásicos, a saber: el ambiental, que propone la conservación y manejo de los ecosistemas; el económico, que pone límites al crecimiento y propone el desarrollo tecnológico y el social, relacionado con la justicia social y la redistribución de la renta y el trabajo. Esta perspectiva implica establecer modelos de asentamientos

humanos que incorporen reglas de producción y reproducción que favorezcan la *reterritorialización* del desarrollo. La reterritorialización implica pasar de modelos de asentamiento, marcados por la relación centro-periferia, a modelos reticulares no jerárquicos; hacer un manejo del suelo, recuperando y rehabilitando lo que queda después de los incendios forestales o inundaciones; establecer principios de soberanía alimentaria; aplicar los principios de *ecodesarrollo* y solidaridad regional; hacer reducción de la movilidad; hacer seguimiento permanente de la identidad del lugar, a partir de sistemas de valoración local del patrimonio territorial, y desarrollar modelos de evaluación intersectorial, con soporte de procesos que reconozcan aspectos multiculturales y multiétnicos, entre otros.

Esta sostenibilidad territorial se desarrolla mediante una estrategia de desarrollo local auto-sostenible, compuesta por tres medios: el medio natural, el medio construido y el medio puramente antropológico. Este modelo de desarrollo busca implementar modos alternativos que incorporen una descripción identitaria de los ambientes y de los ecosistemas, estableciendo un vínculo con el patrimonio. Es decir, se plantea una ontología del lugar, basada en la armonización de los procesos de larga duración y las prácticas cotidianas. En este sentido, el patrimonio territorial debe entenderse como un sistema local vivo, donde los elementos no son recursos, sino valores importantes para su desarrollo, y donde los habitantes y pro-

ductores están reconciliados y territorializados, es decir, comparten problemas en un espacio de desarrollo común. Bajo esta visión, la participación política y social está altamente ligada a la producción social del territorio, y el trabajo adquiere un nuevo estatus solidario, abandonando el modelo de trabajo asalariado individualizado por uno cooperativista. En síntesis, en esta propuesta el habitar y la producción son dimensiones que, unidas, permiten pensar en la armonía de los medios y mantienen los valores territoriales.

El autogobierno se plantea como una alternativa, donde las formas de organización del trabajo y las distintas estrategias de producción configuran una multiplicidad de oportunidades. Es claro que los conflictos son inevitables –dice Magnaghi–, y en este sentido es importante ser capaces de elegir las reglas pertinentes, evitando las reglas jerarquizantes e instaurando nuevas formas de competitividad fundadas sobre reglas de solidaridad. Los actores del cambio pueden proponer una globalización desde abajo, estableciendo redes de comunidades locales autogobernadas, donde emergen nuevas prácticas comunitarias, con espacios públicos diferentes; donde hay un recuento entre las políticas institucionales y las prácticas sociales. Este pacto incluye la incorporación de nuevas formas de participación democrática, donde no solo participan el conocimiento técnico-científico y los niveles de decisión tradicionales, sino también se incluyen los actores de base social, directamente enraizados al territorio, como

son los habitantes y sus organizaciones ciudadanas.

Para lograr este proyecto, se proponen dos procesos principales: el primero, relacionado con la investigación y producción de conocimiento sobre el lugar, plantea el desarrollo de un atlas del lugar, el cual debe estar construido por tres partes: el patrimonio natural y construido, el patrimonio socioeconómico y cultural, y las nuevas prácticas sociales. El segundo está relacionado con la configuración de nuevos vínculos, nuevas formas de actuar individual y colectivamente, nuevas formas de emprendimiento y producción local, movimientos sociales y formas de comunicación. Estos elementos están guiados por unas normas estatutarias del lugar, que están regidas por: a) las reglas invariantes estructurales: ecosistemas, cuencas hidrográficas, paisajes históricos, tipologías territoriales, tejido agrario, modelos socioculturales y valores relacionales establecidos en el medio; b) las reglas de la transformación, basadas en los invariantes estructurales, y la innovación social, adaptada a procesos de reterritorialización y profundización del vínculo social con el territorio. En definitiva, esta perspectiva propone, más allá de la descripción funcional del territorio desde un plano cartesiano, con descripciones cuantitativas de posiciones, dimensiones y funciones, incluir la descripción y la representación propias de la representación social, donde las dimensiones de la psique, los movimientos nómadas en la arquitectura, la presencia

institucional y sexual son elementos importantes y constitutivos del lugar.

La utopía concreta que aquí se propone consiste en la creación de un escenario estratégico, lo cual implica establecer una nueva cultura con el propósito de reterritorializar el desarrollo. Esta utopía concreta se funda en la revalorización de nuevos sujetos y nuevos comportamientos hacia la sostenibilidad del territorio y de la ciudad, con dos objetivos básicos: a) la identificación de las tensiones, de los movimientos, de los comportamientos que constituyen la base concreta de la construcción del modelo, y b) la acción de verificar y explicitar la información que proviene de las diferentes líneas de oposición a la globalización, a la luz de la organización urbana y territorial. A partir de estos elementos, se propone elaborar escenarios urbanos y territoriales que estén implicados entre las propuestas utópicas y las realidades del desarrollo local.

Finalmente, el escenario estratégico parte de una visión completa: la “ecópolis”. La ecópolis está formada por pequeñas ciudades o poblados que rompen las aglomeraciones periféricas metropolitanas. Estos pequeños poblados se articulan entre sí como redes de poblados, y con el sistema territorial mediado por los espacios abiertos, manejados como parques agrícolas o ecológicos. Estos espacios abiertos son la clave para la definición de los límites de la metrópoli y la integración de la naturaleza a los procesos urbanos. Las redes de poblados o ciudades se fundan sobre los

principios de la solidaridad y los vínculos indisolubles entre el proyecto urbano y el proyecto territorial. En esta estrategia, se delimitan claramente las fronteras de los asentamientos humanos con base en las reglas de los agro-ecosistemas, de los sistemas hídricos, de las aguas superficiales y profundas, y de los recursos ecológicos. La ecópolis contiene en su región las características ambientales e históricas, cuya reconstrucción contempla las fronteras de la ciudad.

4. A manera de reflexión final

Revisar la propuesta de Magnaghi me permitió vincular su trabajo con las múltiples reflexiones de nuestro grupo de investigación (procesos sociales, territorios y medio ambiente), el cual, sin esta referencia, ya ha planteado en sus investigaciones la relevancia del lugar como categoría central en la investigación sobre la construcción de los territorios, a partir del sentido que tiene para los habitantes de Bogotá, donde el patrimonio tanto natural como cultural no es producto de decisiones basadas únicamente en el conocimiento técnico-científico y manejado desde la norma, sino más bien una producción social del lugar. Nuestra insistencia sobre las prácticas y representaciones sociales de los habitantes locales, como ejes fundamentales de la construcción del lugar, del patrimonio y de los lugares-patrimonio (Palacio 2003 y 2010; Parias y Palacio 2006; Van der Hammen, Lulle y Palacio 2009, y Lulle y

de Urbina 2011), hace consonancia con muchas de las propuestas de Magnaghi.

Asimismo, aunque hay reflexiones que emergen de otras fuentes, es interesante poner a dialogar esta propuesta con la de Julio Carrizosa, en Colombia, y su libro *Desequilibrios territoriales y sostenibilidad local* (2006), así como con las propuestas de acción basadas en la concepción de seguridad territorial de Gustavo Wilches (2011) y los territorios de diferencia de Arturo Escobar (2010). Estos últimos se ajustan más a nuestras realidades regionales, pero, igualmente, podrían dialogar con aquellas que se producen en el continente europeo, con el fin de ponerse en contacto y, sobre todo, con el ánimo de ir creando redes de conocimiento que sustenten las redes de globalización desde abajo.

Referencias bibliográficas

- Escobar, A. (2010). *Territorios de diferencia. Lugar, movimientos, vida, redes*. Bogotá: Envión Editores.
- Jongerden, J. (2006). "The Urban Village: Reterritorialization of Sustainable Development." En *Tailoring Biotechnologies*, Vol. 1, No. 1, pp. 95-104.
- Lulle, T. y De Urbina, A. (2011). *Vivir en el Centro Histórico de Bogotá. Patrimonio construido y actores urbanos*. Bogotá: Colciencias y Universidad Externado de Colombia.
- Palacio, D. C. (2003). "El parque de Monte Tezio, un Lugar-red. Narrativas socio-ambientales en áreas protegidas." En

- Historia Actual*, Vol. 1 No. 1, pp. 67-85.
- Palacio, D. C. (2010). "La valoración ambiental participativa. Una perspectiva local para la construcción de territorios sostenibles. El caso de Soacha." En *Humanidades*, Vol. 38, No. 2, pp. 63-78.
- Parias, A. y Palacio, D. C. (2006). *Construcción de lugares-patrimonio. El centro histórico y el humedal Córdoba en Bogotá*. Bogotá: Colciencias y Universidad Externado de Colombia.
- Van der Hammen, C., Lulle, T. y Palacio, D. C. (2009). "La construcción del patrimonio como lugar. Un estudio de caso en Bogotá." En *Antípoda*, Vol. 8, pp. 61-85.
- Wilches - Chaux, G. (2011). *La red Tabaco de desarrollo endógeno: Un proceso de crecimiento humano, unión comunitaria, construcción de alianzas y fortalecimiento territorial a partir del conflicto*. Bogotá: ARFO.

